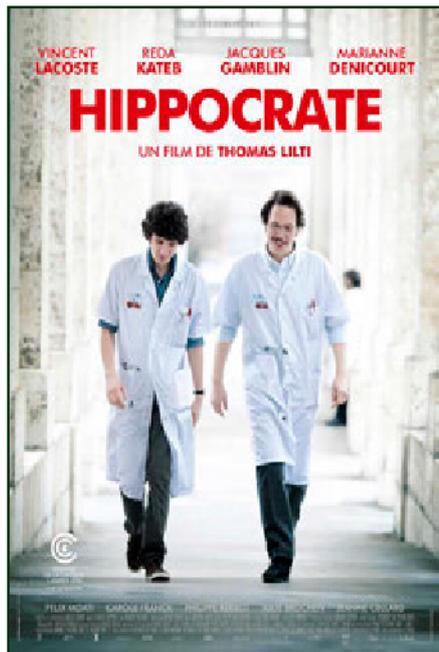


Manchas limpias. Hipócrates

Tomás Domingo Moratalla

Profesor de Filosofía Moral en la Universidad
Complutense de Madrid.

tomasdomingo@filos.ucm.es



Ficha técnica

Título: Hippocrate

Dirección: Thomas Lilti

Guión: Pierre Chosson, Baya Kasmi,

Julien Lilti, Thomas Lilti

Año: 2014

País: Francia

Duración: 102 minutos

Reparto: Vincent Lacoste, Reda Kateb,
Félix Moati, Jacques Gamblin, Marianne
Denicourt, Carole Franck, Philippe
Rebbot

Género: Comedia-Drama

No han dejado de proliferar en los últimos años películas y series de televisión sobre médicos, sobre hospitales o, en general, el mundo de la asistencia sanitaria. Diría que se han convertido en todo un género, con más o menos éxito de crítica y público. Podría parecer, así lo ha visto buena parte de la crítica, que *Hipócrates* sería la versión francesa de esta oleada de producciones, básicamente norteamericanas, y que bien pudiera verse como un episodio piloto o un ejercicio cinematográfico de tema médico. Pues bien, nada de eso. Poco tiene que ver *Hipócrates* con series como *Urgencias*, *House* o *Anatomía de Grey*; y, todo ello, más allá de lo buenas o malas que estas puedan ser. Es otra cosa. Se mueve en un nivel distinto. Resumiendo mucho podría decir que en estas series de médicos y hospitales hay batallas, y también victorias, que adoptan formas distintas: la victoria de la ciencia y el conocimiento sobre la enfermedad (incluso sobre los enfermos) o la victoria de los asuntos del corazón sobre el duro transcurrir de una jornada de trabajo. Pero en esta película, en esta aparentemente ocasional cinta, no hay victorias, solo batallas.

Hipócrates es la historia, quizás intrascendente, de un joven médico, de nombre Benjamín —nombre cargado de ironía—. Es un recién llegado a un gran hospital parisino, y se trata de su primera experiencia en un centro clínico que, además, tiene la «suerte» de ser dirigido por su padre. Otro recién llegado al hospital es Abdel, que une a su condición de residente su condición de emigrante y que no dejará de sobrevolar durante toda la película. Es mayor, con más experiencia; ya ha practicado varios años la medicina en Argelia, su país natal y busca sencillamente tras-

ladarse con su familia a Francia —tarea nada fácil—. Pero el sueño por la medicina que parece albergar Benjamín pronto empieza a resquebrajarse, todo son problemas y dificultades; el joven médico dudará de sus capacidades. La película nos muestra la vida cotidiana, las batallas diarias, de unos jóvenes médicos que ponen a prueba su vocación en unas circunstancias que desalentarían a cualquiera. En la historia se mezclan, como en la vida misma, comedia y tragedia, dolor y alegría,

La película nos muestra la vida cotidiana, las batallas diarias, de unos jóvenes médicos que ponen a prueba su vocación en unas circunstancias que desalentarían a cualquiera

risas y lágrimas. No deja de presentarnos la película la situación de crisis del sistema sanitario francés (extrapolable a tantos otros), casos de especial contenido bioético y, también, ofrecernos una crítica a un sistema de salud que prima la rentabilidad sobre cualquier otro criterio.

Podría parecer que se nos ofrece una crítica al sistema sanitario actual, que busca una comprensión de la difícil tarea del ejercicio de la medicina; y todo ello bajo la aparente ligereza que ofrece un rodaje con estilo documental (con cámara al hombro). Pero no es nada de eso, o solo eso. Ver solo una denuncia del sistema sanitario, una de-

fensa del quehacer médico, unos casos de especial trascendencia bioética o, como decía antes, una versión de las series médicas, es no haber entendido la película. Esto no es lo importante.

Toda la película puede ser comprendida desde la imagen simbólica de la mancha (de lo sucio, de lo feo). La película termina casi como empieza, con la misma escena; pero su sentido cambia completamente. En este cambio reside la fuerza ética de la película que la convierte, me atrevería a decir, en imprescindible en la formación bioética.

En la primera escena, un ilusionado Benjamín se dirige a comenzar su primer día de trabajo y lo primero que hace es ir a la lavandería a recoger su bata blanca (símbolo nada baladí del hacer y poder médico). Pero resulta que... no tienen su talla y la bata que le dan, dice —sorprendido—, «¡tiene manchas!» (y pide, lógicamente, otra limpia); pero le contestan con cierta tranquilidad —que sin duda da la experiencia— que no se preocupe, que son «manchas limpias». En la última escena de la película, el primer día de Benjamín en otro hospital, lo vemos de nuevo con su bata «limpia», y cuando se aleja, de espaldas, comprobamos que está llena de manchas, pero eso sí, de colores. ¿Qué ha pasado en la película? ¿Qué nos cuenta? ¿Por qué ahora asume él, y quizás asumimos nosotros, espectadores, la mancha? ¿Qué significa la mancha? ¿Puede haber «manchas limpias»?

No se trata, como algún crítico ha comentado, de que el sistema sanitario limpia las manchas —los errores—, es decir, encubre. Son las manchas de la ropa, pero también es interesante fijarnos en cómo se presentan las paredes: manchadas, pintadas, etc. Y no es solo una crítica a la dejadez de la política sanitaria francesa lo que se refleja en ese ambiente (algunas autoridades sanitarias ya apuntaron, en el estreno de

la película, lo injusta que era la película al exagerar la situación). No hace falta remontarnos a estudios antropológicos o de hermenéutica bíblica para captar la relevancia simbólica de la «mancha», es decir, el «daño», el «pecado». La lectura religiosa de la idea de «mancha» nos lleva del pecado, sin abandonar el trasfondo religioso, a la idea de «culpa»; quizás el paso más maduro lo tendríamos que dar hacia la idea de responsabilidad. Mancha (pecado), culpa y responsabilidad se encuentran en un mismo hilo argumental, aunque se muevan en diferentes niveles.

Ser médico —como ser profesor o político (por mencionar otras actividades humanas de comparable altura, tanto por los valores que persiguen como por las dificultades con que tropiezan)— se encuentra necesariamente envuelto en casos y situaciones difíciles, tomando decisiones comprometidas, nada fáciles. Nunca partimos de cero, hay hábitos, decisiones ya tomadas que, muchas veces, procuramos corregir como buenamente podemos. La actividad médica tiene lugar siempre de manera paradójica (igual que las dos actividades profesionales mencionadas); es decir, que buscando el bien, podemos encontrarnos con el mal, y donde lo que tenemos que hacer no es —la mayor parte de veces— elegir entre lo bueno y lo malo, entre lo blanco y lo negro, sino entre diferentes tonos de grises. La actividad médica, en un hospital, por ejemplo, es una intersección de proyectos que muchas veces colisionan entre sí: el terapéutico (de cuidado y atención a las personas), el científico (de lucha por disponer de un saber y hacer frente a



la enfermedad) y el sociopolítico (con toda una política de salud). No es solo una actividad compleja, sino también paradójica y frágil. Y necesariamente conflictiva.

No partimos de cero. Nuestros proyectos e ideales tienen que realizarse en una realidad difícil, que mancha, que salpica. Esto ya lo sabemos. Necesariamente tenemos que vivir y convivir entre «manchas», entre «culpas», decidiéndonos y arriesgándonos, pero lo que debemos aprender es a hacer que las manchas sean lo más limpias posibles, es decir, asumir el hecho de mancharnos. Estamos manchados; sí, quizás, pero, ¿qué hacemos ahora?, ¿cómo lo hacemos? En eso consiste el ejercicio de la responsabilidad. A eso nos invita en su sentido más profundo la película. Ya sabemos que las batas tienen manchas «cuéntame algo que no sepa», repite insistentemente la canción que cierra la película. El desafío no es la búsqueda absoluta de la pureza (sería ingenuidad), sino conseguir que las manchas no nos asfixien y no oculten el blanco-limpio que hay detrás, y al que sin duda alguna no podemos dejar de aspirar si queremos seguir ejerciendo con cierta nobleza estas profesiones tan arduas como la de médico o profesor.